



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

HACE CUARENTA AÑOS

MARIA VAN RYSELBERGHE

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

EPÍLOGO DE NATALIA ZARCO

e
errata naturae

Índice

<i>Nota de los editores</i>	9
Hace cuarenta años	15
<i>No me decía a mí misma que lo amaba...</i>	79

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2012
TÍTULO ORIGINAL: *Il y a quarante ans*

© Éditions Gallimard, 1936
© del epílogo, Natalia Zarco, 2012
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2012
© Errata naturae editores, 2012
C/ Río Uruguay, 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-31-2
DEPÓSITO LEGAL: M-24935-2012
CÓDIGO BIC: FA
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

NOTA DE LOS EDITORES

La casa de la duna... ¿Un lugar junto al mar para cerrarse al mundo o para abrirse a él? El espacio donde se desarrolla esta historia de amor, libros y fidelidades (más que infidelidades, y el lector pronto sabrá por qué) es un no-lugar en el que nos gustaría vivir algún tiempo. Una casa-concha, una casa-refugio, una casa-cuerpo. La casa de la duna es el espacio delimitado por los puntos cardinales de los afectos y de los deseos. Algo más que una cabaña, pero menos que un palacio. Una casa de vacaciones donde cualquiera puede imaginarse, y sobre la que cualquiera puede imaginar: sí, esa casa es fundamental en esta historia.

Todos los personajes de *Hace cuarenta años* son reales, es decir, viven hoy en el papel pero vivieron un día sobre esa playa del Mar del Norte: los días, las jornadas que pasaron allí han quedado convertidas en este

texto tan lleno de contradicciones como de riquezas. Aquí, ante él, nuestras convenciones, nuestras ideas, preconcebidas o no, quedan en suspenso antes o después. Leemos y, a la vez, nos leemos. Maria, la protagonista y narradora, es mucho más que esa joven burguesa vestida de blanco, con un gran pañuelo de color calabaza al cuello, que aparece leyendo —siempre leyendo— en los cuadros de su esposo, el *dulce* pintor belga Théo van Rysselberghe, quien se hizo famoso precisamente por algunas de las obras que pintó en su viaje a España con el asturiano —y belga también durante diez años— Darío de Regoyos.

Hay algo en los cuadros de este artista impresionista, puntillista, modernista... hay algo en sus cuadros que evoca el mundo de *Hace cuarenta años*. Pero el «realismo» de Maria van Rysselberghe es, si se nos permite, muy distinto del simbolismo al que se liga la obra de su esposo y al que en ocasiones se la ha ligado a ella. No es siglo XIX, sino ya muy siglo XX. No se trata de ese «flujo de conciencia» muy particular, que inunda esta novela verídica, sino de un realismo que no elude la sugestión y, digámoslo así, la autoconsciencia, es decir, esa mirada «desde dentro y hacia dentro, hacia el yo en peligro» de la que más tarde nos hablaría Carson McCullers.

Maria van Rysselberghe nació en 1866 y murió en 1959. Su hija Elisabeth mantuvo una relación con André Gide, de la que nacería una niña. Fue el propio Gide quien animó a Maria a escribir los pocos, e insuperables, textos suyos que hoy conocemos, y que irán viendo la luz en *Errata naturae*. Bruselas y París son las dos ciudades, muy Maria van Rysselberghe ambas, de esta mujer que siempre se entregó, sirvió incluso, a los demás para olvidarse, en cierto modo, de sí misma. «Hecha de otros», por decirlo con esas palabras a lo Rodenbach de su amado Émile Verhaeren, el Hubert de esta historia —otro amigo de Regoyos y con el que llevaría a cabo el insustituible libro *La España negra*—.

También es muy Maria el balneario de Knokke, donde los Van Rysselberghe tendrían finalmente su casa de descanso y largos kilómetros de playa silenciosa. El hermano arquitecto de Théo les construiría al fin una casa muy hermosa en Saint-Clair, con un estudio a la altura de un pintor que ya era famoso, y adorado casi, en vida, pero Maria se instaló en París, en la rue Vanneau, en un apartamento vecino al de su amigo Gide. A pesar de ello, usó el Saint-Clair de la casa familiar como seudónimo para dar a conocer algunos fragmentos de *Hace cuarenta años* en la prestigiosa revista *NRF*, entre 1934 y 1935.

Ya en 1936 aparecería el texto completo en Gallimard, editorial que en 1968 lo reeditaría, aún bajo el

mismo seudónimo y con prefacio de Béatrix Beck, junto a otras dos piezas breves: *Strophes pour un rossignol* y *Galerie privée*.

Es interesante destacar cuánto hay de esta mirada interior de Maria, es decir, cómo se la anticipa, en los poemas «conyugales» de Verhaeren (los de *Las horas claras*, *Las horas de la tarde* y *Las horas vespertinas*), escritos teóricamente como homenaje a la vida en común con su esposa, la pintora Marthe Massin —que también aparece en *Hace cuarenta años*—, pero donde muchos han querido ver, leer, otra destinataria. O una destinataria doble al menos.

La prosa de Maria van Rysselberghe la conocían ya los lectores españoles en la «voz» de la tristemente desaparecida Esther Benítez, que tradujo *Los cuadernos de la «Petite Dame»* para Alianza Editorial hace años. Se trataba de su única obra publicada en español hasta la fecha. El lector, la lectora, de este viejo-nuevo texto que ahora ve la luz en nuestra lengua por primera vez va a tener la suerte de hacerlo tras el extraordinario trabajo de otra mujer, de otra traductora; en este caso de la joven Regina López, que ha sabido, con tanta exactitud como flexibilidad, encontrar un «molde» equivalente, esto es, una lengua casi íntima, propia, y *femenina*, a la altura de lo que demandaba un original tan ambicioso como intenso, y tan lleno de

peligros para el traductor por esa misma intensidad, que, con seguridad, fascinará a todos los lectores tanto como a nosotros mismos, que hemos puesto todo nuestro empeño en una obra capital de aquello que la crítica suele llamar «autoficción», un ¿género? —una novela en primera persona aquí, una novela autobiográfica— que alcanzó en este *Hace cuarenta años* una de sus cotas de referencia.

Lo demás, todo lo que podríamos añadir, está ya en las extraordinarias páginas que siguen.

HACE CUARENTA AÑOS

Maria van Rysselberghe

*Me gustaría que el recuerdo de mi felicidad
perdurara más allá del tiempo.*

ANDRÉ GIDE, *Les Cahiers d'André Walter*

*Es a ti a quien debo evocar en primer lugar, casita de la du-
na. Todos tus sonidos han quedado dentro de mí como el del
mar en las caracolas; tu escalera de madera gemía bajo los
pasos más ligeros, el viento marino hacía temblar todos tus
aparejos, el molino de enfrente daba vueltas con crujidos
de carruaje y, en las noches de luna, sus aspas rayaban tu
blancura con amplias sombras que oscilaban. Te confundo
a ti, frágil refugio vibrante como una criatura sobresalta-
da, conmigo misma: somos el melancólico espacio de esta
historia, la historia de un breve instante, de un acorde cuya
resonancia se ha prolongado a lo largo de toda una vida.*

NO ME DECÍA A MÍ MISMA que lo amaba: él era, sencillamente, lo principal. Aparte de él, ocupaban mi vida un amor muy alegre y la ternura de una hija. Mi existencia transcurría plena y placentera, sin frivolidad: el arte al que servían quienes me rodeaban era un dios difícil. Sin embargo, sin aquella criatura a la vez desfigurada y resplandeciente el mundo habría carecido de significado; sólo en él percibía lo irreducible que me corresponde. Él encarnaba la sensatez necesaria, mi centro de gravedad. Lo llamaré Hubert.

Aunque no dominaba mis pensamientos, reinaba desde un punto estratégico: ese del que nacen los mandatos más profundos. No le pedía sino que existiera. También le exigía secretamente, creo, que no se llevara a engaño conmigo; que adivinara esa parte de mí reservada y en retaguardia que yo apenas presentía

y que acentuaba todo lo demás. Su insistente mirada y su manera de estrechar la mano, siempre esmerada, me anunciaban que había en él una lucidez en la que yo podía hallar aliento.

Se había cruzado en mi camino antes que Antoine, de quien era íntimo amigo, aunque yo lo conocí de veras a través del propio Antoine. Hubert le daba a Antoine coherencia y rigor, formaba en él un núcleo duro, ese centro de resistencia que mi vida necesitaba.

Cuando me enteré de que Hubert estaba unido a una mujer experimenté un profundo desasosiego, que interpreté simplemente como el temor a que algo abriera una grieta en él, aquel bloque, aquella torre en mi horizonte. Pero no: la mujer que supo prevalecer sobre su independencia era digna de la entrega absoluta y fogosa que el amor debía de provocar en él. Me complacía que ella fuera tan diferente a mí, que perteneciera a otro ámbito. La llamaré Agnès.

De aquello hacía tres años. Yo había aceptado del todo la circunstancia, que por otra parte en nada había afectado a la familiaridad de nuestro trato. Incluso había olvidado ya la contrariedad que me había provocado cuando, por una de esas inexplicables bondades del destino, una serie de eventualidades (un viaje de Antoine a Inglaterra y la necesidad de Hubert de pasar una temporada junto al mar a pesar de que Agnès no podría acompañarlo) lo condujo a la casa de

la duna donde yo ya me encontraba con mi pequeña Irène, su tata y una vieja criada de mi madre. Allí vivimos los dos, durante un mes, solos.

Cuando la puerta se hubo cerrado, me cuidé de experimentar la sensación de un milagro. Caminaba de puntillas, como si todo pudiera derrumbarse al más mínimo contacto. Me sentía como si me embarcara en un gran bajel. ¿De veras habíamos levado anclas?

Yo me afanaba en existir lo menos posible, rechazando mis propios pensamientos. Velaba por el buen orden, por que todo facilitara su trabajo.

En su habitación coloqué la mejor lámpara. Yo me había acomodado en la mesa grande de la sala de estar. No esperaba nada. En mí sólo había celo y silencio.

Nada más llegar estuvo mirando los volúmenes que yo había dispuesto en la estantería: Baudelaire, Heinrich Heine, los últimos versos de Laforgue, la correspondencia de Flaubert y una de sus propias obras, *Las teas fúnebres*, creo recordar. «Muy bien», dijo.

La primera noche entró con su lámpara, la dejó sobre la mesa, apagó la mía y se sentó frente a mí. Fue algo tan breve, tan claro, que me turbó como una señal. Pero él, simplemente, propuso: «Vamos a practicar alemán: usted leerá y yo trataré de traducir. Venga a sentarse a mi lado». La timidez me habría parecido inmodestia, de modo que coloqué mi silla junto a la suya, y él pasó su brazo por debajo del mío, que

sostenía el libro. Traducía, sobre todo, siguiendo su intuición, deteniéndose para hacer numerosos comentarios; lo pasábamos muy bien hasta que bruscamente cerró el libro: «Suficiente por hoy. Leamos».

Con extender el brazo detrás de sí agarraba los libros. Los puso todos sobre la mesa, y ordenó: «Usted leerá prosa, yo poemas».

Flaubert y Laforgue eran para mí parcelas privadas: Flaubert, tan descreído e impulsivo, despertaba mi más apasionada simpatía; hacia Laforgue sentía un cariño tierno y profundo. Los versos de Hubert me gustaban únicamente porque lo reconocía en ellos, con sus excesos y su severidad. Para él, en cambio, era Baudelaire el viejo conocido. Abría *Las flores del mal* de forma autoritaria, como al introducir una llave en su cerradura. «Escuche», me ordenaba, y su mano nerviosa, desplegada como un ala, alargaba y hacía planear los versos. Toda mi sensibilidad quedaba prendada de su voz. Éramos como dos instrumentos afinados de repente.

Por la mañana se ocupaba de su correspondencia sentado frente a mí. Escribíamos a los dos ausentes; ese paralelismo le divertía. Una de las primeras mañanas, me dijo: «Le estoy escribiendo que es usted una amiga incomparable». Se lo agradecí con una sonrisa, y pensé que nada mejor que aquella franqueza para establecer las distancias.

Tras el almuerzo me decía: «Salgamos». Yo lo seguía, siempre sorprendida y colmada por aquel plural despótico. Caminábamos hacia el mar, con el viento de cara. Me tomaba del brazo: «Así lucharemos mejor». El viento parecía su elemento natural: sus azotes lo entusiasmaban, los recibía como una caricia, y yo me sentía partícipe de aquella embriaguez.

A última hora de la mañana y de la tarde se aislaba para trabajar; el resto del tiempo lo vivíamos juntos, aproximándonos cada vez más. A ambos nos gustaba la rutina, que creaba a nuestro alrededor los sutiles lazos de una forma de vida; lo que ésta implicaba de conocimiento mutuo, lejos de parecernos monótono, se nos antojaba como lo mejor... e inagotable.

El apuro no se colaba entre nosotros merced a su autoritaria turbulencia y a los golpes directos de su salvaje sinceridad. Nuestra alianza se estrechaba y concretaba, haciéndome experimentar una suerte de admiración que al mismo tiempo yo juzgaba inconsecuente. En mi opinión, su firmeza menospreciaba la prudencia y rechazaba las limitaciones. Me refugiaba en una pasividad que quedaba disfrazada, y de algún modo favorecida, por el alegre placer que él tan libremente manifestaba y que ocupaba todo nuestro espacio.

Los días se fueron sucediendo, maravillosamente iguales; y todos rematados por las mismas veladas. ¡Con qué emoción las esperaba yo!